













## Índice

Introducción: Hablando de objetos. . . . .	7
1.  Bolsas . . . . .	18
2.  Pilas . . . . .	26
3.  Botones . . . . .	37
4.  Cartas/Tarjetas . . . . .	47
5.  Peines . . . . .	62
6.  Gafas . . . . .	75
7.  Pañuelos. . . . .	86
8.  Llaves . . . . .	93
9.  Nudos. . . . .	103
10.  Periódicos . . . . .	111
11.  Pastillas . . . . .	122
12.  Alfileres . . . . .	130

13.		Tubos . . . . .	139
14.		Tapones/Enchufes . . . . .	149
15.		Gomas elásticas . . . . .	157
16.		Cinta adhesiva . . . . .	172
17.		Golosinas . . . . .	181
18.		Cables. . . . .	188
Notas. . . . .			199
Índice. . . . .			221

## Introducción: Hablando de objetos

### Cosas mágicas

Una vez, mientras hacía tiempo en el aeropuerto de Dublín, en ese estado de embriagadora alegría filosófica que suele apoderarse de mí en las terminales aéreas, vi a un bebé de unos nueve meses sentado a los pies de sus padres. El pequeño se encontraba del todo absorto en un juego que consistía en tirar del asa del bolso de su madre y en soltarla, al tiempo que levantaba y hacía bajar la hebilla. En un momento dado, su madre se agachó y, sin prestarle atención, le alargó un pedacito de magdalena para que se lo comiera. El bebé empezó entonces a observar los dos objetos alternativamente sopesando, al parecer, si la magdalena podía desempeñar algún papel en su investigación de aquel «tira y afloja». Transcurridos dos o tres segundos de desconcierto, el bebé se deshizo del trozo de magdalena arrojándolo al suelo y retomó sus pesquisas. Yo nunca había visto a nadie tan absorto, tan atento, y la imagen todavía perdura en mi memoria. Aquel bebé estaba, a la vez, concentrado y entregado, absolutamente metido en el mundo y, simultáneamente, fuera del mundo. A mí me pareció que acababa de presenciar algo asombroso: el nacimiento de una criatura capaz de abandonarse al éxtasis del juego.

Y lo que resultaba más asombroso era que ese milagro de la animación tenía lugar a través de algo aparentemente simple e inanimado. Pues así es como tendemos a considerar los bolsos y muchas otras cosas: objetos que, simplemente, están ahí, inertes,

sin voluntad ni consciencia. Cuando hablamos de objetos —de *ob-*, que significa «delante de», «frente a», y *-iacere*, que significa «arrojar»—, la palabra evoca algo que es arrojado o que se levanta ante nosotros. El término «objeto» parece afirmar la existencia de aquello que se presenta aparte y que no forma parte de nosotros.

Pero este libro trata de una clase distinta de objetos, o de objetos que se experimentan de un modo distinto, un modo que, como en el caso de ese bolso enigmático sometido a una atenta investigación en el aeropuerto, parecen rebasar su propia finitud, su aburrido «estar-ahí» objetivo, para ir más allá, para derramarse por los bordes de lo que meramente es o hace. En adelante, me referiré a estas cosas llamándolas «objetos mágicos». Una manera de definirlos es decir que dichos objetos están investidos de poderes, asociaciones y significados y que, por tanto, no son sólo cosas dóciles, sino que constituyen signos, muestras, epifanías. Las reflexiones sobre objetos que ofrezco en esta obra sugerirán a menudo que, en efecto, éstos pueden ser vistos como lo que en la Europa de los siglos xv y xvi se habría denominado «emblemas», alegorías de la vida humana, es decir, homilías de bolsillo sobre el amor, el tiempo, la esperanza, el error, el anhelo y la muerte. Como tales, además de estar simplemente ahí, disponibles para que los usemos, también nos ponen a trabajar. Y, sin embargo, su poder deriva enteramente de nosotros.

Pero con ello no pretendo afirmar que se trate de objetos fundamentalmente neutros o inertes a los que nosotros hemos dotado de significación simbólica o revestidos de «valor sentimental». Los objetos poseen lo que J. J. Gibson llama *affordance*, es decir, que parecen proponernos ciertas clases muy específicas de invitaciones físicas, que a menudo incluyen un ángulo de aproximación o abordaje físico.<sup>1</sup> Una taza de té pide ser sostenida por el asa; una copa de coñac nos invita a mecerla desde abajo, tiernamente, como si de una paloma se tratara; un zapato, con su forma puntiaguda, nos sugiere que nos lo calcemos introduciendo primero los dedos, a la manera de cenicienta; una mesa exhibe generosamente su superficie plana para que sobre ella se celebre un banquete o una partida de billar; una silla

propone irresistiblemente que nos sentemos en ella con la espalda hacia atrás. Dichos objetos parecen incorporar en ellos nuestra imagen, o la imagen de ciertas partes de nosotros. Esas «disposiciones» de los objetos implican que éstos no están cargados de asociaciones y connotaciones meramente externas, sino que nosotros nos encontramos implicados en ellos, o aprehendidos por ellos. Actuamos de acuerdo con la «disposición» de los objetos. Las cosas muestran un interés, una preocupación por nosotros.

La función de un aparato altamente especializado suele figurar claramente inscrita en su forma: debe ser exactamente como es, y no de ningún otro modo, porque sirve para una cosa en concreto. Es más, cabe la posibilidad de que nos exija adoptar una postura muy específica o ejecutar un movimiento estilizado. Pero, hasta cierto punto, los objetos mágicos parecen no presentarse del mismo modo. No es que sean incómodos, enigmáticos, inaprehensibles, sino que parecen ofrecer «disposiciones» más ricas, menos determinadas, lo que hace que, en diversos aspectos, parezcan exceder sus usos asignados u ordinarios. Las cosas mágicas hacen más y significan más que aquello que tal vez se les supone. Un balón es un objeto mágico porque sus «disposiciones», sus maneras de ofrecerse a sí mismo para su uso son, a la vez, irresistibles, pero también muy abiertas en apariencia. Cuanto más común es un objeto, más variados serán los usos que propondrá o posibilitará. Es por ello por lo que muchos de los objetos mágicos que abordo en el libro se adaptan a usos distintos de aquellos para los que claramente fueron creados. En este sentido, los objetos mágicos son siempre juguetes, cosas que no parecen incorporar instrucciones específicas de uso, como esa etiquetas del País de las Maravillas en las que se lee «cómeme» y «bébeme», sino más bien otras que parecen decir: «Juega conmigo, intenta descubrir para qué podría servir». Las cosas mágicas invitan a practicar una especie de *réverie* práctica, una suerte de juego o aproximación difusa pero atenta de las posibilidades, un seguimiento de sus posibilidades implícitas. Los objetos mágicos están hechos de la misma materia que los sueños. Permiten reflexionar sobre sus «disposiciones».

Así pues, la esencia de lo que voy a llamar «cosa mágica» es que no se trata sólo de una mera cosa. Podemos hacerle todo lo que queramos a las cosas, pero las cosas mágicas son aquellas a las que permitimos —y de las que esperamos— que nos hagan cosas a nosotros. Las cosas mágicas se exceden a sí mismas al permitirnos incrementarnos o excedernos con ellas. Son cosas, como decimos, con las que obrar conjuros, aunque su magia opere más en nosotros mismos que en los demás. Esos objetos tienen el poder de despertar, absorber, fijar, seducir, alterar, calmar, socorrer y drogar. Si parecen poseer vida propia, es una vida que nosotros les damos y que nos damos a nosotros mismos a través de ellos.

### Juguetear y recordar

Muchos de los objetos de los que voy a tratar ampliamente en este libro son también «jugueteadables», cosas que permiten que jugueteemos con ellas: botones, gomas elásticas, imperdibles, cinta adhesiva, gafas. Ese «jugueteo» expresa nuestra relación con los objetos, de rara intimidad. Para que se produzca ese jugueteo siempre hace falta que exista un objeto, algo con lo que entretenerse, aunque sólo sea con uno mismo. De hecho, el impulso de juguetear podría reducirse casi exclusivamente a la necesidad de —o a la ausencia de— algún objeto y a la búsqueda de —y a la consecución de— un sustituto de dicho objeto. Sin un objeto con el que juguetear (un cigarrillo, un bolígrafo, un trozo de papel, un mechón de pelo), nos sentimos nerviosos.

Pero, por más que tengamos nuestros «manipulables favoritos», el jugueteo nunca se ve satisfecho mediante ningún objeto en concreto. Ello es así porque ese jugueteo es, en sí mismo, un proceso de búsqueda de lo que podría llamarse «objeto ideal». Con ello me refiero a algo que, de manera inmediata, forma parte del mundo, a algo que puede ser poseído, y conservado, y fijado a un lugar, a algo de lo que cabe confiar que permanecerá en su sitio, de todos los modos habituales que tienen los objetos de hacerlo, pero también —a mi juicio—, con toda mi inaprehen-

sible variabilidad, con todas mis maneras de estar junto a mí mismo y de ausentarme de mí mismo. Gaston Bachelard, filósofo e historiador de la ciencia, ha evocado, a modo de paradigma de esa clase de objeto, lo que él denomina el sueño de una pasta ideal. La pasta ideal (de la que son versiones la nieve, el helado, el puré de patatas, la masilla, la plastilina, la arcilla, todas ellas versiones generalizadas de «masa») es infinitamente maleable y, sin embargo, nunca adopta una textura enteramente líquida, pues llegada a ese punto empezaría a escurrirse. El objeto ideal se me resiste, pero también se me entrega. Se entrega, pero nunca se limita, simplemente, a ceder ante mí.<sup>2</sup> Es posible deformarlo hasta que deja de reconocerse, pero persiste en sí mismo. De hecho, es como yo, o como yo me veo a mí mismo, en el sentido de que es infinitamente variable y, a la vez, milagrosamente, se mantiene como es. Es posible ponerlo a trabajar al máximo, es decir, ponerlo a jugar al máximo. Con esos objetos jugamos como se juega con los juguetes, por una razón enteramente circular, es decir, para averiguar cuánto juego (en el sentido de entrega, alcance o variabilidad) pueden llegar a poseer. En ocasiones, la acción de llevar un objeto hasta sus límites implica probarlo hasta destruirlo. Finalmente, el clip sujetapapeles se parte. Tal vez todo juego tenga como horizonte la muerte del juguete. Cuando ponemos a trabajar algo, lo usamos con una finalidad concreta. Pero con el juego no perseguimos tanto usar las cosas como «agotarlas». El sentido de poner las cosas en funcionamiento podría ser ese agotamiento, ese ver hasta dónde pueden llegar, hasta dónde podemos llegar nosotros con la totalidad abierta de sus «disposiciones». Y al mismo tiempo nos ponemos a jugar nosotros mismos, usamos esos objetos para jugar con nosotros mismos, incluso para jugar con nuestro propio juego, en busca de sus posibilidades y sus límites.

Es más, puede parecer como si, cuando jugamos con un objeto, también estemos en parte jugando con la idea del objeto, así como con el ejemplo concreto de él que tal vez tengamos a mano. Sin duda, los objetos sobre los que voy a escribir tienden a ser más genéricos que particulares. Aunque me ha resultado muy difícil escribir sobre las cosas de las que escribo sin dispo-

ner, de hecho, de ejemplos que manipular físicamente, además de tenerlos en mente, lo que he intentado obtener en cada caso ha sido, generalmente, lo que podría llamarse la «especificidad de lo genérico», eso que hace que las bolsas, las pilas o las gomas elásticas en general sean, cada una de ellas, lo que son. Mi pretensión no es intentar que un espécimen concreto, escogido, destaque del fondo de todas las bolsas, sino lograr que cosas concretas hablen sobre cómo dan acceso a todos los otros ejemplos de las cosas en cuestión sobre las que hemos tenido experiencia. Así pues, se me ocurre que bien habría podido llamar a este libro *Artículos indeterminados*, dado que todas las cosas de las que trata se designan más fácilmente anteponiéndoles «un, una, unos, unas», y no precedidas de los artículos determinados «el, la, los, las». Si escribo acerca de una goma elástica, lo hago tomándola como ejemplo de las gomas elásticas en general, como ejemplo del modo en que cada goma elástica individual siempre será un ejemplo de esa clase.

Es más, esa generalidad es una generalidad flexible, o no-finita. Mi presa no es La Goma Elástica, la Goma de las Gomas, la esencia platónica ni la idea-madre que precede y programa todos los ejemplos concretos de goma elástica que se dan en el mundo. Lo que a mí me interesa es el modo en que todos y cada uno de los ejemplos concretos de goma elástica parecen invocar y participar de la totalidad presente de todas las demás gomas elásticas que ya hemos conocido, así como de las que tal vez nos queden por conocer.

Y no sólo eso: también me interesaré por las clases de formas y posibilidades generales que los objetos corrientes llevan incorporados: por las diversas cosas a las que nos referimos al hablar de «tarjeta» (tarjeta de visita, tarjeta de crédito, tarjeta de transporte público), por ejemplo, o por las diversas funciones que diversas clases de enchufe pueden desplegar, o por las diversas acciones de peinado, tamizado y filtrado en las que peines, cribas y cedazos parecen estar implicados. No es que a esos objetos se les den distintos usos, es que generan antologías, o repertorios de formas aliadas.

Algunos de los objetos mágicos sobre los que escribo existen



desde hace bastante tiempo y otros son mucho más recientes. Pero todos ellos resultan extrañamente anacrónicos. Una de las maneras mediante las que nos imponemos a las cosas es la creencia de que nosotros estamos entretejidos con el tiempo. Sentimos que somos objetos del tiempo, mientras que las cosas parecen, meramente, sujetas a él. Seres como nosotros emergen, evolucionan y mueren porque (nos persuadimos a nosotros mismos) estamos del lado del tiempo, mientras que las cosas, en cambio, habitan el dominio del espacio. Pero las cosas también proporcionan un complemento indispensable a nuestro sentido del surgimiento y de la temporalidad, de la duración y de la desaparición, del olvido y del recuerdo. Dado que, precisamente, sentimos que estamos hechos de tiempo, necesitamos los elementos solidificadores de las cosas para marcar y captar su paso. Las cosas nos proporcionan la transmisión a través de la cual somos capaces de marcar el tiempo, de llevarlo a nuestro terreno. Tal vez, en realidad, el paso del tiempo sólo pueda predicarse por deducción a partir del grado de resistencia soportado por las cosas: cuanto más, y más tercamente, las cosas resistan contra él, más lentamente parecerá que pasa el tiempo; cuanto más rápidamente sucumban a él, o sean consumidos por el tiempo, más deprisa parecerá pasar. Las cosas hablan del tiempo. Por lo general, lo hacen, precisamente, no yendo a la par con nosotros; así, un teléfono móvil de la década de 1990 puede parecer más antiguo que un rodillo de planchado de principios del siglo xx.

Por tanto, si las cosas nos orientan en relación con el tiempo, también puede parecer, paradójicamente, que suspenden, abrevian o de algún otro modo alteran el transcurrir constante del tiempo. Esto es así, especialmente, durante épocas de rápidos cambios materiales, como los que se han experimentado en los últimos dos siglos. Las cosas concretas de las que trata este libro resultan más interesantes cuanto más interrumpen: inoportunas, anacrónicas. Son nuestros equivalentes y nuestros compañeros, a pesar de no ser nunca del todo nuestras coetáneas, pues nunca terminan de acompañarse con nosotros ni consigo mismas. Ésa es una de las razones por las que muchas de las cosas que nos resultan más fascinantes son aquellas con las que hemos compartido una intimidad ya olvidada, y que de pronto regresan

tras una prolongada separación —la magdalena que llevó a Proust a escribir *En busca del tiempo perdido*, la punzante acidez de un sorbete de limón tomado en Sidney cuarenta años después y a 20.000 kilómetros de distancia del último que yo había degustado.

Precisamente por ejemplificar eso que en otro tiempo fue nuevo, las cosas pueden traer consigo la sorpresa de lo nuevamente viejo. Esas cosas habitan en el espacio, pero de alguna manera se demoran en él, son una refracción del mediodía blanco del ahora en un arco iris crónico de los tiempos, con sus tintes y sus tonalidades crepusculares. Esas cosas bullen de insinuaciones e implicaciones porque están ahí sin estar del todo presentes. A mano, pero no exactamente «aquí y ahora». Íntimas y exóticas, esas cosas «nos vinculan a nuestras pérdidas» en expresión de Philip Larkin.<sup>3</sup> Puede decirse de ellas que son nuestros lugares de frecuentación, porque pululan a nuestro alrededor, y nosotros nos sentimos condenados (y nos gusta estarlo) a frecuentarlas como fantasmas inquietos. En último extremo, las cosas sobre las que medito en este libro son relojes en marcha, bombas de relojería en miniatura que, al estallar en momentos impredecibles, son capaces de destrozarse el tiempo mismo.

## Parafernalia

Por ello, la cuestión de nombrar las cosas —a menudo, ella misma, una operación mágica— tenderá a ser importante. Como he empezado diciendo, los objetos que exceden su mero «estar ahí», cuyo ser es una especie de desbordamiento, también parecen ir más allá de sus nombres, por lo que piden nombres a los que se adhiera parte de ese sentido de lo borroso o impreciso. Sin duda, pensar en nombres de los objetos mágicos se convertirá con frecuencia en parte de su operación mágica. Cuando buscaba un título para este libro, intentaba dar con una denominación común para todas esas cosas corrientes que, sin embargo, parecen exceder su mera existencia, o que señalan más allá de su función primordial.

¿Qué nombre podría darse a ese conjunto de «como se llamen»? ¿Qué clase de cosa en general podría decirse que son esas cosas genéricas, esas cosas que cuelgan, que terminan en punta, que se retuercen, que se estiran, que brillan?

Hubo varios candidatos pero, finalmente he optado por llamarlos, colectivamente, «parafernalia». A diferencia de otros términos, éste posee un origen grecolatino, a pesar de que cuenta con lo que, a primera vista, podría parecer una definición legal demasiado precisa y restringida. En derecho romano, los *parapherna* eran aquellos objetos propios de la esposa que quedaban al margen de su dote y que conservaba tras el matrimonio. Por lo general, solían incluir ropas y joyas, e incluso piezas de mobiliario. Según el Derecho inglés y escocés, por el cual, hasta la aprobación de la Ley de Propiedad de la Mujer Casada de 1870, las propiedades de la mujer pasaban a ser de su esposo, la parafernalia de ésta consistía en ciertas posesiones personales que podían quedar exentas de dicha disposición y que seguían siendo suyas. El término latino deriva del griego «*pherne*», que significa «dote», que se forma, a su vez, a partir del verbo *pherein*, llevar o portar, en referencia a lo que se lleva o se aporta al matrimonio. La forma latina «*fer*» (llevar, portar) pasa a las lenguas germánicas como «*ber*», creando palabras como «*bear*» (llevar, soportar) y sus muchos derivados. La asociación con los objetos personales de la mujer implica que «parafernalia», desgraciadamente, tiene la connotación de lo accidental y lo accesorio, y que sugiere lo trivial. Pero el vocablo ha emigrado también a otros contextos, y se usa para nombrar los instrumentos o equipos utilizados en el ejercicio de una ocupación, como son los propios de la medicina o el derecho. Pero incluso en esos contextos especializados, parafernalia retiene cierta idea de miscelánea difusa.

Con todo, el elemento más importante y expresivo sobre esta palabra es el prefijo *para-*, que significa «junto a», que se añade, equivalente pero «extra». No hay nada esencial en «parafernalia», razón por la que ha llegado a significar complicación innecesaria o elaboración, exhibición exagerada y en último extremo hueca de detalles técnicos. La palabra, que da la impresión

de especificar una clase de cosas muy precisa, como en el caso de «parafilia», «paranoia» o «paranormal», constituye, en este sentido, un ejemplo de sí misma, una manifestación de lo que la propia palabra expresa, puesto que, en efecto, presenta una ostentación ligeramente pretenciosa que arrastra consigo las cosas que nombra.

Lo esencial de la parafernalia es que resulta innecesaria pero, precisamente por eso mismo, nosotros la necesitamos tanto. Se trata de algo que está de más y, a la vez, nos es indispensable. Cuando somos muy pobres, lo que más nos importa no son las necesidades que teóricamente monopolizan nuestros pensamientos, sino los pequeños caprichos o lujos que, en realidad, no necesitamos. Tal como replica el rey Lear cuando sus hijas intentan convencerlo de que no hace falta que viaje con todo su séquito cada vez que va a visitarlas: «¡No discutáis la necesidad! El mendigo más pobre posee algo superfluo. Si no dais a la naturaleza más de lo necesario, la vida humana vale menos que la de la bestia».<sup>4</sup> Lo único que resulta verdaderamente esencial es lo excesivo. Lo que nos impide caer en una existencia puramente animal o mecánica son, precisamente, esas cosas innecesarias que constituyen la prueba diminuta e insistente de nuestra existencia, que entiendo como nuestra innecesariedad definitiva, el hecho de que no existe, en absoluto, ninguna necesidad particular por la que hemos llegado a ser. Existir así es ser necesariamente accidental, y las cosas para las que he intentado encontrar el modo de prestarles atención en este libro son nuestros accesorios necesarios en eso.

La parafernalia también une lo impersonal y lo personal. La parafernalia de una actividad en concreto incluye todas las cosas que cabría esperar de cualquier practicante de dicha actividad, ya se dedique a limpiar cristales o sea juez del Tribunal Supremo: escaleras de mano, cubos, pelucas, martillos y mazas. Pero nuestra parafernalia personal es también lo que necesitamos para la actividad de ser nosotros mismos. En tanto que nuestro fondo de accesorios necesarios —que no tienen por qué ser nuestros, pero que, de algún modo, nos convierten en lo que somos—, nuestra parafernalia es a la vez anónima e íntima, arbitraria e

intrínseca. Es la clase de cosas que se encuentra (o, con la misma frecuencia, se pierde) en lugares como cajones, armarios y bolsillos que, a pesar de que a menudo contienen tipos de objetos muy similares y predecibles —llaves, imperdibles, píldoras, gomas elásticas—, también constituyen algo así como abstractos involuntarios o archivos personales que llevan nuestra firma, tienen nuestras vidas a su cargo y es posible que, algún día, constituyan la suma total de lo que somos.